

**MENSAJE DEL GOBERNADOR
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON
ANTE LA ORGANIZACION DE LOS
ESTADOS IBEROAMERICANOS PARA LA
EDUCACION, LA CIENCIA Y LA CULTURA**

17 DE MAYO DE 1988

MADRID, ESPAÑA

Excelentísimo Secretario General de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Excelentísimos señores Embajadores y representantes permanentes de los estados miembros de la O.E.I.. Excelentísimos e Ilustrísimos señores.

Hablarle en Madrid a un cónclave Iberoamericano de este calibre, más que una obligación protocolar es un acto de grata significación para los puertorriqueños.

Puerto Rico es quizás el menos conocido de los pueblos de nuestra cultura y entre las primeras tareas de sus gobernantes debe estar la de enmendar ese lamentable vacío, de manera que deberán excusarme una visión a vuelo de pájaro de nuestra Isla.

Nuestro territorio es el menor de cuantos albergan sociedades hispanoamericanas en el Nuevo Mundo. Apenas nueve mil kilómetros cuadrados. Es decir, menos de la mitad de la superficie de El Salvador, el más pequeño de los países hispanoamericanos del Continente.

El número de puertorriqueños avecindados en la Isla tampoco es impresionante: tres millones y medio de personas. Hay otros dos millones en los Estados Unidos, pero en el perímetro insular la cifra es de las más bajas. Sólo excede a las de Costa Rica, Panamá, Nicaragua y Uruguay.

Sin embargo, nuestra densidad demográfica es de las mayores del mundo: con 365 habitantes por kilómetro cuadrado es razonable decir que estamos en presencia de una sociedad que debe luchar contra factores de extrema dificultad.

Además, nuestro territorio es montañoso, las lluvias a veces son escasas, o a veces inclementes y no contamos con recursos energéticos propios.

No obstante, nuestro pueblo ha conseguido vencer o aliviar gran parte de esas dificultades y hoy podemos exhibir índices de desarrollo que nos enorgullecen.

En Puerto Rico prácticamente se ha conseguido terminar con el analfabetismo, contamos con el más alto per cápita del mundo hispano-americano - unos cinco mil dólares - y con las más benévolas tasas de longevidad, salud y educación superior. Nuestros niños están bien nutridos y todos tienen acceso a un puesto escolar, libros y alimentos balanceados.

En el plazo de dos generaciones Puerto Rico ha dejado de ser una economía subdesarrollada para convertirse en una sociedad altamente industrializada, en la que más del noventa por cien de su fuerza laboral devenga su salario de actividades relacionadas con la industria o los servicios.

El clima de la Isla, las playas con que cuenta, la belleza del casco antiguo de la capital y las buenas comunicaciones marítimas y aéreas, han contribuido a que Puerto Rico se convierta en un verdadero gigante turístico, acercándose a la cifra óptima de un visitante por cada habitante.

Sin embargo, quizás no sean los logros económicos y sociales los que más nos enorgullecen. Hay otro aspecto de nuestra sociedad que nos gustaría que ponderaran.

A lo largo de todo el siglo XX los puertorriqueños hemos conseguido vivir en paz y sin quebrantar nuestras instituciones. Nuestra sociedad es profundamente democrática y tolerante. Existe en la Isla un clima de respeto por todas las ideologías políticas y circulan libremente toda clase de publicaciones. No hay grupo que no tenga acceso a la tribuna pública para manifestar su mensaje político sin restricciones.

Obviamente y ante estas circunstancias, no es realista que nuestros hermanos de sangre y cultura nos pidan que cambiemos bruscamente el signo y la dirección de nuestras alianzas políticas e institucionales.

Los puertorriqueños respetamos profunda y sinceramente los modelos de estado o gobierno de los pueblos de nuestra lengua. Quisimos a España cuando era monarquía, la quisimos cuando era república y la seguimos queriendo ahora que la democracia ha vuelto a restaurarse. Porque lo que nosotros amamos en nuestros hermanos iberoamericanos no es la expresión externa de su realidad política, sino la raíz profunda de la cultura que nos une.

Pero de la misma manera que somos profundamente respetuosos de la voluntad soberana de los demás pueblos, esperamos que se nos mida con una vara semejante. De los puertorriqueños nadie en Iberoamérica debe temer nunca una agresión o un acto de hostilidad. Pero los puertorriqueños esperamos un trato recíproco de los países hermanos.

En todo caso, creo que ya es hora de que el retrato franco de nuestra sociedad dé paso a ciertas reflexiones sobre la educación, porque - al fin y a la postre - es esa la misión que hoy nos convoca.

Y esa atmósfera de sosiego y libertad no sólo ha sido útil para nosotros. A lo largo de las últimas décadas Puerto Rico le ha abierto los brazos a decenas de miles de refugiados de otros países hermanos del mundo iberoamericano. En la década de los cuarenta fueron los republicanos españoles. En los cincuenta, los hermanos venezolanos que huían de la dictadura de Pérez Jiménez. En los sesenta, llegaron a nuestra tierra miles de refugiados cubanos. En los setenta y ochenta son los dominicanos - exiliados económicos - los que vienen a buscar pan y trabajo a nuestra casa.

Y en todos los casos, solidariamente, Puerto Rico ha dicho presente ante el dolor de los pueblos de su lengua. Para nosotros no hay la menor duda: pertenecemos a una familia de pueblos entroncados en la historia española. Somos y nos sentimos profundamente hispanoamericanos.

Desde luego, esa filiación en modo alguno impide o contradice los lazos que hoy libre y voluntariamente tenemos con los Estados Unidos. Desde 1917 somos leales ciudadanos de los Estados Unidos y la vinculación entre nuestro Estado Libre Asociado y la Unión Americana es un acto soberanamente reafirmado por nosotros en dos oportunidades: en 1952 y en 1967. No obstante, estamos plenamente seguros de que si algún día deseáramos democrática y mayoritariamente modificar esa relación, no serían

nuestros conciudadanos estadounidenses quienes lo impedirían, porque el pacto que nos une está basado en la libertad y el respeto entre las partes.

Sin embargo, es improbable que ocurra la disolución de ese vínculo. A los puertorriqueños nos gusta el sistema democrático de gobierno y el equilibrio de poderes que existe en la armazón institucional de los Estados Unidos. Tampoco se nos escapa, por supuesto, que una parte sustancial de nuestra prosperidad relativa y de nuestra estabilidad política se debe a los peculiares nexos que mantenemos con los Estados Unidos, pero esa mutua trama de derechos y obligaciones quizás nos haya permitido ser el único pueblo hispano del siglo XX que no ha conocido la dictadura, circunstancia extraordinariamente feliz para un pueblo como el nuestro, tremendamente celoso de sus libertades individuales.

Por otra parte, tras casi noventa años de convivencia con los Estados Unidos, un apreciable porcentaje de nuestro pueblo hoy vive en territorio norteamericano. Un sesenta por cien de las personas de origen puertorriqueño no viven en la Isla sino en el Continente, lo que le confiere a nuestra relación con los Estados Unidos un carácter muy estrecho y prácticamente indisoluble.

Hace más de diez años los puertorriqueños decidimos formar parte de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Y esa es una decisión acertada, porque no hay tema más importante para las personas de nuestro ámbito cultural que aunar esfuerzos y conseguir que el segmento del mundo al que pertenecemos alcance la importancia social, política, económica y cultural a que potencialmente pudiéramos llegar.

Lo que hace grande a las naciones y a las culturas no son los ejércitos y ni siquiera el poder económico. Es el peso, la densidad y el rigor de los conocimientos que se tienen, que se transmiten y que se modifican por el esfuerzo de los ciudadanos mejor dotados.

Detrás de cada milagro económico, detrás de cada nación que consigue ponerse a la cabeza del planeta, hay siempre una fuerte base educativa conseguida por el esfuerzo y la dedicación de sus mejores cabezas.

A veces, por pereza, se nos habla de la revolución industrial como epicentro de un fenómeno de crecimiento económico que marcó al norte de Europa y a los Estados Unidos desde fines del siglo XVIII, pero se olvida que esa revolución sólo fue posible porque la precedía una densa actividad intelectual y

educativa que hacía posible el desarrollo de ideas y artefactos que la humanidad no había conocido hasta entonces.

La pujanza de Alemania, la pujanza del Mundo Británico, el liderazgo Norteamericano o japonés de nuestros días, se derivan de esos intensos focos de conocimiento sostenidos por encima y por debajo de las diferencias políticas o de los graves conflictos históricos. Si Alemania y Japón pudieron revivir tras la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial fue debido, esencialmente, a que la destrucción física de esos países no alcanzó a las capas profundas de la mejor intelligentsia de esas sociedades.

En nuestro mundo Iberoamericano contamos con universidades medievales, como la salmantina, o varias veces centenarias, como las de Lima o Santo Domingo, pero tenemos que hacer un esfuerzo extraordinario para que el prestigio de nuestras instituciones académicas no derive de su longevidad, sino de la calidad de la investigación, la seriedad en la transmisión de los conocimientos y el rigor en la enseñanza de las nuevas generaciones.

Es mucho lo que tenemos que hacer en el orden educativo y es muy variado, porque debemos conseguir una calidad uniforme sin renunciar a la diversidad enriquecedora, producto de nuestras diferentes circunstancias.

Debemos integrarnos, pero respetando nuestros propios perfiles. Debemos buscar la unificación de la titulación, pero admitiendo la diversidad y el carácter práctico y cambiante que debe conformar a cualquier sistema educativo.

Porque la educación y la cultura deben responder a las coordenadas de la sociedad que las crea, pero simultáneamente deben contribuir a la modificación y al avance de esa propia sociedad. De manera que nada puede ser más perjudicial para nuestros propósitos que intentar congelar en un ademán definitivo lo que se caracteriza por el movimiento y el cambio. Nuestro deber y nuestro interés es buscar ese sutil equilibrio en el que se armonizan lo novedoso y lo clásico, en procura siempre de una síntesis que nos lleve a un futuro mejor.

Ha sido una valiosa selección la de Don Simón Romero Lozano para Secretario General de la O.E.I. Creemos que en sus manos el destino de nuestra Institución estará bien protegido.

Solo me resta, para terminar, subrayar algo que me parece tan obvio como inesquivable: nuestro continente iberoamericano, estos cientos de millones de personas que, como decía

Rubén Darío, le rezan a Cristo en español, solo alcanzarán el liderazgo de la civilización cuando nuestra educación consiga las cotas de calidad y excelencia a que nosotros podemos llegar. Y este organismo es el vehículo adecuado para aproximar ese luminoso momento de nuestra historia. Muchas gracias.

